

Guerra, relaciones de producción y economía en la Galia meridional post-romana

Warfare, economy and relations of production in post-roman southern Gaul

Pablo Sarachu

Centro de Estudios de Historia Social Europea
Instituto de Investigaciones en Humanidades y Cs. Sociales (UNLP-CONICET)
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata. Argentina
pablosarachu@yahoo.com.ar

Resumen:

La guerra fue un fenómeno generalizado en la Galia meridional durante el siglo VI. Su omnipresencia estuvo alimentada en buena medida por la naturaleza de la dinámica política de los reinos, por la forma de interacción entre reyes y aristócratas. En el presente trabajo se analiza su influencia sobre las relaciones sociales de producción y la economía de la región. Concretamente, se argumenta que la guerra favoreció la inestabilidad de los vínculos de dependencia y –consecuentemente– la contracción económica que caracterizaron el periodo.

Palabras clave: guerra – dependencia – economía - Galia meridional post-romana

Abstract:

Warfare was a widespread phenomenon in sixth-century southern Gaul. Its ubiquity was fueled largely by the nature of political dynamics in the kingdoms, by the kind of interaction between kings and aristocrats. This paper analyzes its influence on the relations of production and on the economy in the region. Specifically, it argues that warfare favored the instability of the bonds of dependency and –consequently– the economic downturn that characterized the period.

Key words: warfare – dependency – economy - post-Roman southern Gaul

1. Introducción

En un estudio reciente dedicado a la guerra en el periodo alto medieval en Europa occidental (concretamente entre *c.* 450 y *c.* 900), Guy Halsall intenta reinstalar esta cuestión como un factor clave para la comprensión de la realidad socioeconómica del periodo. En su introducción el autor se lamenta de la escasa atención que recibe el tema en la actualidad y de que en general se lo aborde desde una perspectiva anticuarista, aislándolo de su contexto social más amplio (Halsall, 2003: 2-13). Particularmente ha sido dejado de lado el tratamiento del impacto de



la guerra en la población y en la economía en el periodo más restringido del cual nos ocuparemos en el presente trabajo, el siglo VI (Lee, 2007: 146).

En este artículo se analiza este último problema haciendo foco en la Galia meridional. Concretamente, se propone explorar la hipótesis de que el estado de guerra permanente que caracterizó el periodo no solo tuvo un impacto negativo sobre la producción, sino que también dificultó la estabilidad de las relaciones sociales de carácter explotativo (hecho que, en definitiva, afectaba la producción). No queremos decir con esto que la inestabilidad de los vínculos de explotación sea atribuible únicamente a este fenómeno; más bien sostenemos que fue un factor coadyuvante en un periodo caracterizado por una “lucha social multiforme” (Astarita, 2007: 259).

2. Guerra y dinámica política

Conviene comenzar este análisis con unas pocas líneas sobre los aspectos fundamentales de la historia político-militar de la Galia durante el siglo V. Es ampliamente conocido que la relativa paz que la región había experimentado desde que se produjeran las invasiones bárbaras del tercer cuarto del siglo III se vio interrumpida a fines de 406, cuando una serie de tribus trans-renanas cruzaron la frontera, dando comienzo a una política de saqueo sobre el territorio romano. En oposición a las tesis catastrofistas tradicionales (*e. g.* Courcelle, 1948), han ido cobrando fuerza desde hace varias décadas en la historiografía de post-guerra las posturas que tienden a minimizar el impacto que la nueva situación tuvo en la población imperial (Goffart, 1989: 1-44 y 81-132). Estas nuevas lecturas se fundamentan en la exageración con que –ciertamente– los antiguos tiñeron sus apreciaciones concernientes a las invasiones. No obstante, es necesario reafirmar en el contexto académico actual las consecuencias negativas que este conflicto prolongado tuvo en la población civil, no solo en el aspecto material (aunque el daño fue menor al pretendido por la historiografía tradicional y muy desigual en el espacio y el tiempo), sino en la forma más indirecta de un aumento sistemático de los impuestos (Sarachu, 2011d).

Importa destacar, en cualquier caso, que la caída del imperio romano no significó una solución de continuidad en lo que respecta a los conflictos armados; por el contrario, estos parecen haberse vuelto endémicos (aunque con otras características). Georges Duby (1976: 61-72) indicó hace ya varias décadas que el mundo de la alta Edad Media estuvo dominado por el hábito del saqueo y por las necesidades de la población y que la principal misión del rey o del jefe militar era la de conducir a su ejército a la obtención de botín, estuviese compuesto éste de alimentos, esclavos, tierras u objetos suntuarios. El producto de la guerra debía compartirse para reforzar el vínculo de reciprocidad entre quien detentaba la autoridad y quienes lo secundaban, aunque eventualmente los reyes pudiesen reservarse tajadas más importantes, por ejemplo para

ser dadas a las iglesias con el fin de congraciarse con Dios.¹ Pero la práctica se extendía más allá del estricto reparto del botín, pues a cambio de lealtad se esperaba del rey una generosidad constante. Las relaciones de don y contra don animaban el sistema político, obligando a los soberanos a reanudar constantemente la maquinaria bélica so pena de ver vaciados sus tesoros y, consecuentemente, diluido su poder sobre los hombres (véase ahora Smith, 2005: 198-214).

Este orden de cosas puede observarse en los reinos de la Galia del siglo VI (Devroey, 2003: 180-186 y 246). Ni los reyes ni los aristócratas atesoraban con fines acumulativos o para invertir productivamente, sino para poder obsequiar, buscando con ello generar obligaciones.² Se consideraba un buen monarca aquel que daba bienes y *honores*. Por el contrario, uno que expropiaba tierras de sus súbditos en lugar de obsequiarlas o no se mostraba generoso era visto negativamente.³ Esta dinámica impulsaba tanto la guerra hacia fuera en busca de botín, como el saqueo y las confiscaciones dentro del propio territorio. Lógicamente esta última vía alimentaba los conflictos internos, pero a la vez podía transformarse en el corto plazo en un arma más efectiva de promoción individual de las elites (a través del desplazamiento de rivales directos) y de consolidación del poder de los reyes (a través de la promoción de la lucha facciosa interaristocrática).

3. La guerra permanente y sus efectos

Si los conflictos armados fueron parte constitutiva de las relaciones entre reyes y aristócratas, actuando muchas veces como una suerte de mecanismo estabilizador de las mismas en el corto plazo, es necesario remarcar que su frecuencia fue un elemento perturbador para el orden social en general en la larga duración. La guerra durante el periodo analizado tiene así una naturaleza dual. En el presente apartado ampliaremos el segundo de los atributos mencionados; será de suma utilidad para ello retomar algunas líneas argumentales del mencionado estudio de Halsall.

Este autor coincide con Duby en destacar la omnipresencia de la guerra. Sostiene además que los conflictos bélicos variaban en escala e incluso en sus objetivos inmediatos, pero que en la generalidad de los casos los jefes militares planificaban campañas de corta duración en busca de botín (Halsall, 2003: 140-143). La empresa de conquista de Clodoveo, por ejemplo, se edificó a

¹ Obsérvese en este sentido el famoso episodio en el que Clodoveo reclamó a los miembros de su séquito armado un vaso perteneciente a la iglesia de Soissons que había sido obtenido como producto de la guerra con Siagrio. El pedido implicaba violar el principio de reparto equitativo del botín, pero solo uno de los soldados se opuso al rey, rompiendo el objeto en señal de defensa del uso tradicional. Clodoveo se vengó finalmente partiéndole la cabeza de un hachazo (Greg. Tur., *Hist.*, 2.27).

² Greg. Tur., *Hist.*, 7.3.

³ Greg. Tur., *Hist.*, 3.25 y 6.46; Fred., *Chron.*, 4.60.

partir de muchas pequeñas batallas (James, 1988: 88-91). Por otro lado, señala dos cuestiones de suma importancia en un trabajo previo: en primer lugar, la existencia de bandas armadas que formaban parte medular de los ejércitos de campaña, pero que en tiempos de paz se dedicaban al pillaje; en segundo lugar, el arraigo en las comunidades temprano medievales de formas de violencia “menores” como robos, peleas y otros delitos abundantemente tratados en los códigos legales (Halsall, 1998). Ambos fenómenos aparecen reflejados en la documentación del siglo VI en la Galia.⁴ En síntesis, existía una ubicuidad de la violencia a distintas escalas.

Aunque es probable que los ejércitos del periodo fuesen pequeños en comparación con los tardo-romanos, ello no iba en desmedro del poder de hacer daño a la población civil, tanto urbana como rural.⁵ A. D. Lee (2007: 138-141) ha analizado el impacto que la guerra tuvo en las comunidades rurales a nivel imperial durante la antigüedad tardía. Para quienes no lograban huir a un lugar seguro, un destino probable era la muerte o la esclavización;⁶ si lo evitaban podían tener que enfrentarse a la pérdida del ganado y la devastación de los cultivos, como se evidencia en una carta de Sidonio Apolinar.⁷ Para el primer siglo merovingio podemos hacernos una idea clara del perjuicio que podía causar el simple paso de una comitiva armada a través del testimonio de Gregorio de Tours: matanzas, robo de animales, quema de edificios, etc.⁸ El área rural sufría incluso las consecuencias de las operaciones militares enfocadas en la captura de ciudades, pues la estrategia más utilizada para conseguir su rendición o forzar que el enemigo guarecido *intramuros* presentase batalla era el saqueo del área circundante (Halsall, 2003: 137-140).⁹ Durante la campaña de conquista de Clodoveo sobre el reino burgundio, Gundobado y un hombre de su confianza, Aredio, tramaron un ardid para evitar que el rey franco continuase asediando la ciudad de Aviñón en la que estaban refugiados. Simulando ofrecerse como servidor, Aredio le sugirió a

⁴ El *Liber Constitutionem* y las *Constitutiones Extravagantes* están plagadas de referencias a delitos menores. También abundan en el *Pactus legis salicae*, aunque estas nos interesan menos, pues informan sobre la realidad del norte y noreste de la Galia. Para Provenza contamos con el testimonio de Cesáreo de Arlés, varios de cuyos sermones versan sobre robos y conflictos cotidianos (Caes., *Serm.*, 13.2-3, 14.2, 16.3, 19.3, 50.3, 51.2, 60.2 y 154.2). En cuanto a la presencia de bandas privadas armadas, véase *infra*, nota 17. Varias fuentes indican que el tránsito de los civiles por los caminos a menudo resultaba inseguro (Greg. Tur., *Hist.*, 5.25, 6.11, 6.45 y 9.32; Doehaerd, 1974: 177-179).

⁵ Según los cálculos de Halsall (2003: 132), el número más elevado de soldados de un gran ejército de los siglos VI-VII en el mundo franco debió de haber rondado los 5.000 o 6.000 hombres, es decir, una cifra muy menor a la de la época tardo-romana.

⁶ Aunque la matanza y la esclavización de los habitantes de las ciudades parecen haber sido prácticas más comunes en la parte oriental del imperio romano durante la antigüedad tardía (Lee, 2007: 133-138).

⁷ Sid., *Ep.*, 6.12.

⁸ Greg. Tur., *Hist.*, 4.42, 5.4, 6.45, 7.24, 7.35, 7.38, 8.30, 9.12 y 10.3.

⁹ El fenómeno del asedio a ciudades fue particular del periodo merovingio, pero no porque las ciudades fueran prósperos centros económicos, sino a causa de que muchas de ellas continuaron siendo centros administrativos en tanto capitales de *ciuitates*. Muchas veces se buscaba forzar la lealtad de la región a través de la sumisión de las autoridades de su cabecera.

Clodoveo que en lugar de continuar con una expoliación que estaba arruinando los campos exigiese un tributo anual a Gundobado.¹⁰ Los saqueos durante este acontecimiento se ven corroborados por una carta de Avito de Vienne.¹¹ Finalmente, Cesáreo de Arlés pone de relieve el peligro real de la esterilidad de los campos en un sermón en el que compara la perdición del alma con el saqueo y la desidia de los cultivos.¹²

En el año 500, la ciudad de Vienne sufrió un sitio que finalizó con una matanza de su población urbana.¹³ En la generalidad de los casos, sin embargo, este no era un objetivo buscado en los asedios, que, como se dijo, pretendían forzar la derrota del enemigo a través de la negociación o de la lucha en el campo de batalla. Esto explicaría para Halsall (2003: 215-227) la aparente paradoja de que en una época en la que el ataque a las ciudades estaba a la orden del día las murallas estuviesen tan descuidadas. Sin embargo, en su interpretación la contracción económica y el desinterés por la toma de las ciudades aparecen como factores coadyuvantes del descuido de las fortificaciones. Más bien habría que pensar que la incapacidad para movilizar mano de obra limitó tanto las posibilidades de las autoridades urbanas de mantener unas defensas adecuadas como la capacidad de los ejércitos de poner en práctica sistemas de asalto más complejos. El estado de las fortificaciones en el periodo temprano medieval contrasta con el de los siglos III y IV en los cuales se inició y consolidó el amurallamiento urbano. Fue nodal en este proceso la capacidad del estado para movilizar la fuerza de trabajo necesaria para la erección y mantenimiento de las líneas defensivas (Bachrach, 2010). En definitiva, la contracción económica post-romana convirtió a las ciudades en pálidos reflejos de lo que otrora fueran (Liebeschuetz, 2003: 369-378; cf. Guyon, 1998), perdiendo de esta forma atractivo para quienes buscaban botín. Quizás por ello resultase de mayor interés saquear los campos a la espera de una decisión del enemigo.

Lee (2007: 117) ha advertido que cuando se daban conflictos bélicos reiterados o cuando la guerra coincidía con alguna catástrofe natural o con el brote de una enfermedad, se hacía difícil para las regiones afectadas recuperarse de los estragos.¹⁴ Incluso el mero paso de un ejército podía producir grandes daños en las producciones rurales, como ocurrió durante el viaje de la comitiva

¹⁰ Greg. Tur., *Hist.*, 2.32.

¹¹ Av., *Ep.*, 50.

¹² Caes., *Serm.*, 6.6.

¹³ Greg. Tur., *Hist.*, 2.33; Av., *Ep.*, 46A, 94 y 95.

¹⁴ Téngase en cuenta, por otro lado, que en 541 comenzó una pandemia que se desplegó desde Constantinopla a través del Mediterráneo. Gregorio de Tours da cuenta de su impacto en la Galia (*Glor. Mart.*, 50; *V. Pat.*, 6.6; *Hist.*, 4.5). Se refiere a posteriores brotes epidémicos y plagas en *Hist.*, 4.16, 4.31-32, 5.34, 6.14-15, 6.33, 6.44, 7.1, 8.39, 9.13, 9.20-22, 10.1, 10.23 y 10.30.

de Rigunta desde París a Toledo. Gregorio de Tours compara el hecho en cuestión con un desastre natural.¹⁵ Su exageración no desmiente una realidad efectiva, pues cuando se terminaban los suministros los ejércitos en campaña se dedicaban a las requisiciones más o menos legales o al saqueo llano (Halsall, 2003: 126-128).¹⁶ Por otro lado, parece que el mantenimiento de la disciplina en los ejércitos fue una tarea particularmente difícil de lograr en el periodo analizado (Halsall, 2003: 152).

En suma, no deben soslayarse los daños económicos directos ocasionados por este estado de guerra permanente y por las habituales actividades de pillaje privado. Es preciso recordar además que la región había sido anteriormente teatro de operaciones de conflictos militares entre bárbaros y romanos. El tinte exagerado de los relatos que nos han llegado sobre aquellos hechos no debe hacernos perder de vista el núcleo de verdad que encierran.

4. La composición de los ejércitos

Merece un apartado propio la cuestión de la composición de las fuerzas armadas durante el siglo VI. Bernard Bachrach destacó su naturaleza heterogénea en su estudio sobre la organización militar merovingia. El ejército de Clodoveo, por ejemplo, estaba integrado por guerreros de los *reguli* francos que fueron siendo sometidos a su poder; séquitos privados de la aristocracia; soldados descendientes de los *milites* romanos, que habían conservado la profesión; *laeti* y aliados bárbaros. Según el autor, estos atributos se habrían mantenido durante todo el siglo VI, aunque se habrían ido incorporando las fuerzas armadas de los territorios conquistados (Bachrach, 1972: 17-73).

Halsall (2003: 40-45) tiene una lectura distinta de la cuestión. En su opinión, la caída del estado romano no habría supuesto una solución de continuidad en lo que respecta a la naturaleza de los ejércitos, amén de ciertos cambios menores como el relacionado con las jurisdicciones encargadas del reclutamiento (condes y duques habrían sido los responsables del mantenimiento y suministro de las tropas en sus territorios). Si bien su argumento pretende aplicarse a toda la Europa post-romana, es pertinente señalar que buena parte de las fuentes en las que se apoya y de los ejemplos que ofrece atañen a la Galia. En suma, los ejércitos del periodo entre fines del siglo V y fines del VI habrían sido para Halsall una fuerza profesional y regular mantenida por los recursos del estado.

¹⁵ Greg. Tur., *Hist.*, 6.45 (ejemplos similares en 7.24, 7.35, 8.30 y 10.3).

¹⁶ Véase Lee, 2007: 95-96 sobre los costos aproximados de mantenimiento de un ejército de 10.000 hombres (un número bastante mayor al promedio de los de la temprana Edad Media, pero que ilustra acerca de las necesidades materiales de los soldados).

Este es un problema que deberemos profundizar en el futuro. Por el momento basta con dejar planteada la hipótesis de que la presencia de séquitos armados privados podría haber sido más importante que lo que este último autor supone. De hecho, como apuntamos más arriba, el propio Halsall había destacado en un trabajo previo que una característica de todo el periodo temprano medieval fue la fuerte presencia de bandas armadas que se dedicaban al bandidismo en épocas de paz y que constituían el corazón de los ejércitos en tiempos de guerra (Halsall, 1998: 8-9). Esto está atestiguado en los siglos V y VI en la Galia e incluso en la legislación tardo-imperial.¹⁷ Dada la progresiva militarización de las aristocracias y el carácter de las relaciones que a título personal sus miembros establecían con los reyes (un vínculo que como hemos planteado animaba la guerra), no resulta ilógico pensar que estas fuerzas acrecentasen su importancia durante el siglo VI; también debió de contribuir a ello la crisis del sistema fiscal, que dificultaba el mantenimiento de tropas regulares. De cualquier forma, esto no niega que los ejércitos continuasen estando parcialmente conformados por soldados que eran reclutados en las *civitates* por las autoridades públicas. Pero a juzgar por fuentes del siglo VII es probable que existiese reticencia a servir en ellos (Devroey, 2003: 255). El crecimiento de los séquitos privados, en cambio, pudo haber implicado un beneficio para aquellos campesinos capaces de armarse, que pudieron aspirar a establecer vínculos más igualitarios (de tipo clientelístico) con los aristócratas a quienes servían como guerreros (Sarachu, 2011a: 422-423).

5. La inestabilidad de los vínculos de explotación

Esta realidad tuvo, por otro lado, efectos desestabilizadores para los vínculos de dependencia. Hemos avanzado sobre esta cuestión en otros artículos (Sarachu, 2011b y 2011c), de modo que lo que sigue remite parcialmente a ellos.

Uno de los objetivos específicos de las campañas militares era la toma de prisioneros para ser vendidos como esclavos o negociados como rehenes. A modo de ejemplo podemos mencionar los numerosos burgundios y francos que tras ser capturados durante la reconquista ostrogoda de Provenza fueron alojados en basílicas y otros edificios públicos a la espera de un rescate o de su venta.¹⁸ Para un espectro espacio temporal más amplio contamos con las abundantes referencias a la toma de cautivos en los *Decem libri historiarum* de Gregorio de Tours,¹⁹

¹⁷ *C. Tb.*, 7.18.14 y 9.14.2; *Nov. Val.*, 9.1; *Sid., Ep.*, 1.6, 3.3, 4.20, 6.4 y 8.6; *Greg. Tur., Hist.*, 3.35, 4.13, 4.36, 5.18, 5.49, 6.4, 6.11, 6.16-17, 7.3, 7.19, 7.22, 7.29, 7.33, 7.47, 8.18, 8.32, 9.10, 9.35, 9.40-41, 10.5, 10.12 y 10.15 (cabe aclarar que parte de las referencias del obispo incumben al norte de la Galia; sin embargo, creemos que son extrapolables a la realidad meridional). Para más referencias, véase Bachrach, 1972: 3-73.

¹⁸ *V. Caes.*, 1.32.

¹⁹ *Greg. Tur., Hist.*, 3.6, 3.13, 3.34, 4.23, 4.29, 4.42, 5.29, 6.8.12, 8.30, 8.35, 9.7, 9.18 y 10.3.

muchos de los cuales eran liberados graciosamente (¿generando así una deuda?) o tras el pago de un rescate.²⁰ Esto último no impedía explotar laboralmente a los prisioneros. Enodio de Pavía nos informa de la esclavización de un grupo de senadores.²¹ El obispo de Tours se refiere en otros pasajes específicamente a esclavos (no a prisioneros) capturados en conflictos bélicos o razzias, mientras que en su canon 7 el concilio de Orleans de 549 se denuncia que libertos de la iglesia estaban siendo arbitrariamente reducidos a servidumbre.²²

Pierre Bonnassie (1991: 47-48) vio correctamente en este fenómeno el medio principal de aprovisionamiento de mano de obra dependiente en Europa entre los siglos VI y VIII, pero en nuestra opinión desatendió las consecuencias que estas prácticas tuvieron en la larga duración en la estabilidad de las relaciones de explotación. Se adquirían tantos esclavos como se perdían a manos de los ejércitos y las bandas armadas, de modo que la situación era la de un constante flujo y reflujo.

Este circuito también estaba alimentado por las huidas. La existencia de entidades políticas en constante conflicto dificultaba particularmente la persecución de esclavos que buscaban refugio en el extranjero.²³ Las huidas de esclavos desde el reino burgundio hacia territorios controlados por los francos y los alamanes debieron de haber sido habituales, pues merecieron dos disposiciones específicas por parte de las autoridades con respecto a quienes recuperaban a estos siervos.²⁴ Otra ley del mismo reino establecía que si un esclavo que había sido vendido en el exterior regresaba a su lugar de origen debía gozar del *status* de libre.²⁵ La ordenanza no se preocupaba por la condición legal del inmigrante, hecho que en la práctica podía significar que el estado acogía a *servi fugitivi*. La legislación eclesiástica también se hace eco de la cuestión.²⁶ El canon 3 del concilio de Lyon de 567-570 merece especial atención, ya que condenaba con la excomunión a aquellos que tomasen como cautivos “almas que vivían tranquilas desde hacía mucho tiempo, sin que su *status* fuese puesto en cuestión” (*animas longa temporis quiete sine ulla status*

²⁰ Greg. Tur., *Hist.*, 6.8, 6.23, 6.31, 7.1, 8.33, 10.6 y 10.11. En un mundo tan celoso de las obligaciones que creaba el don, el acto gracioso de liberar rehenes debía de ser una maniobra calculada.

²¹ *V. Epiph.*, 171-181. El hecho también se menciona en Greg. Tur., *Hist.*, 3.15.

²² Greg. Tur., *Hist.*, 3.11, 3.13, 4.42, 4.49, 5.31, 9.7 y 9.24.

²³ Greg. Tur., *Hist.*, 3.15, 5.48-49 y 6.31.

²⁴ *Lib. Const.*, 56.1 y *Const. Ext.*, 21.9.

²⁵ *Const. Ext.*, 21.3.

²⁶ Conc. Orléans (511), c. 3; Conc. Épaone (517), c. 39 y Conc. de Orléans (541) cc. 24 y 30.

sui competitione viventes) (¿fugitivos?).²⁷ Numerosas leyes burgundias concernientes a *fugitivi* dan cuenta de la extensión del fenómeno en el centro-sudeste de la Galia entre fines del siglo V y comienzos del VI.²⁸ Por último, contamos con referencias a huidas puntuales.²⁹

La rebeldía de la mano de obra esclava también se expresaba mediante el uso de la violencia. Una disposición burgundia ordenaba que el hecho de que un mismo esclavo fuese acusado una y otra vez de un delito no era óbice para eludir los procedimientos formales de la justicia.³⁰ Años antes, Sidonio Apolinar había descrito a un amigo el terror que le había invadido a causa del asesinato de un conocido suyo a manos de sus propios esclavos; es posible que el obispo de Clermont creyese que podía correr igual destino.³¹ Sucesos similares son narrados por Gregorio de Tours.³² Recuérdese además los planteos de Halsall en torno a la extensión del delito menor en la sociedad temprano medieval.

Todo lo referido permite entender por qué las autoridades públicas encontraban serias dificultades para imponer el orden en sus jurisdicciones. En el reino burgundio se llegó a instar a los condes a que “si podían” hallaran a los ladrones de caballos y de casas que impunemente delinquirían en público.³³ Asimismo, se establecieron sanciones específicas a quienes golpearan a los dependientes públicos encargados de ejecutar sentencias y cobrar multas.³⁴ Finalmente, se les recordó por escrito a los propios condes que debían castigar a los culpables de actos criminales ateniéndose a las normas.³⁵

6. Las transformaciones del hábitat rural

Un proceso estrechamente asociado a las cuestiones que hemos venido planteando fue el de la radical transformación de los patrones de asentamiento rural, que en esencia consistió en la desaparición de las *villae* y en la emergencia de núcleos campesinos independientes o sometidos a

²⁷ Se trataba de una reinstauración de *Vetus Gallica*, 50, 3; es decir que el fenómeno estaba lo suficientemente extendido como para ameritar un reforzamiento de la sanción eclesiástica.

²⁸ *Lib. Const.*, 6.1-10, 20.1-4, 39.1-5, 57. El fenómeno no era exclusivo de la región (Astarita, 2007: 255-259).

²⁹ Av., *Ep.*, 44; Rur., *Ep.* 20; Greg. Tur., *Hist.*, 5.3, 7.46, 8.21, 9.6, 9.38, 10.2 y 10.15; Greg. Tur., *Glor. Conf.*, 66 y 67 (y quizás 92 y 93) y Greg. Tur., *V. Pat.*, 5.1, 16.3 y 19.1.

³⁰ *Lib. Const.*, 77.1.

³¹ Sid., *Ep.*, 8.11.

³² Greg. Tur., *Hist.*, 7.46-47, 10.2, 10.18 y 10.25.

³³ *Const. Ext.*, 19.1.

³⁴ *Lib. Const.*, 76.1.

³⁵ *Const. Ext.*, 21.11; similar a *Lib. Const.*, 79.4.

lazos de subordinación débiles. El cambio tuvo unos tímidos inicios en el siglo IV y cobró notoriedad durante la segunda mitad del siglo V, cuando la región entró en crisis. Una vez más, retomamos en este apartado avances hechos con anterioridad (Sarachu, 2011c).

Son necesarias, previamente, algunas consideraciones de orden metodológico. Ciertamente, el registro arqueológico tiene limitaciones para informar acerca de la naturaleza de los lazos sociales (Astarita, 2007: 267-268), pero creemos que la información ofrecida por los restos materiales avala la lectura que proponemos acerca de las transformaciones habidas en la estructura socio-económica, fundamentadas hasta aquí en documentación escrita. Es oportuno tener presente, no obstante, que las posturas historiográficas que han pensado el periodo tardo antiguo y temprano medieval en términos de continuidad de la estructura socioeconómica han hecho mella también en los arqueólogos.³⁶

A pesar de la desaparición de las *villae*, se ha argumentado que los establecimientos domaniales tuvieron continuidad entre el periodo tardo y post-romano. El proceso es conceptualizado por algunos arqueólogos meramente como una “mutación del paisaje” que tendría que ver con cambios en los patrones culturales más que en la estructura socio-económica.³⁷ C. Pellecuer y H. Pomarèdes (2001: 504) han planteado estos argumentos centrándose en el caso de Narbonense I, pero la reocupación de *villae* (cuya desaparición se acelera bruscamente a partir de *c.* 500) que los autores dan por sentado que tiene lugar en el marco de una permanencia de la gran propiedad es susceptible de ser interpretada de otra forma, como producto del asentamiento de campesinos independientes o sometidos a lazos de dependencia frágiles. Tanto esta región como Provenza (Carru, Gateau, Leveau y Renaud, 2001), parecen presentar diferentes ritmos de evolución interna, que oscilan entre la ruptura brusca y el declive lento.

De ningún modo proponemos que la propiedad aristocrática desapareció de la Galia. Un sermón pronunciado por Cesáreo de Arlés en las primeras décadas del siglo VI permite apreciar incluso su reconstitución o expansión en áreas específicas.³⁸ El obispo condena en dicha diatriba ciertas maniobras mediante las cuales los ricos se apoderaban de las tierras de sus vecinos más

³⁶ Geary, 1988: 96-103; Lebecq, 1990: 73-90 y Wood, 1994: 201-219.

³⁷ La explicación “cultural” encierra una paradoja. C. Pellecuer y H. Pomarèdes (2001: 504) retoman la tesis de Durliat (1997: 188-193) quien propone la pervivencia inmodificada de la nobleza senatorial y del estrato curial en el siglo VI. Si esta fuese la realidad, ¿por qué entonces una aristocracia que conservaba su poder político intacto a la manera tradicional renunciaría a seguir demostrándolo como hasta entonces lo había hecho? La *villa* no era únicamente una unidad productiva, era el hábitat en el que todo romano que aspirase a una posición de liderazgo en la *civitas* debía pasar sus días de *otium*. Los cambios culturales –sobre los que no podemos profundizar aquí– parecen estar vinculados más bien a la militarización de las élites, lo que a su vez remite a la crisis general del orden social antiguo.

³⁸ Caes., *Serm.*, 154.2.

pobres. El accionar desplegado incluía la confabulación con el poder público de quien quería realizar la expropiación, a fin de que el rigor del fisco se hiciera sentir con énfasis sobre la víctima elegida. Esta práctica localizada demuestra la continuidad residual de las estructuras antiguas, incluida la del aparato tributario.

Está comprobada, sin embargo, la aparición de nuevas estructuras de asentamiento. Comienzan a ocuparse grutas y sitios en altura (muchas veces sobre antiguos *oppida* pre-romanos) sobre los que se construyen murallas. Ambos fenómenos fueron explicados tradicionalmente como producto de las calamidades bélicas y económicas del bajo imperio. La ocupación de grutas se produce sobre todo en los siglos V y VI, mientras que para los sitios en altura la realidad es un poco más compleja (Raynaud, 2001). Hay reocupaciones que se remontan al siglo V y tienen continuidad en el VI e incluso en el VII, que presentan claros signos de presencia aristocrática (hecho que podría relacionarse con información documental sobre sectores de la aristocracia que se estaban desligando de la *civitas*); otros presentan construcciones eclesiásticas y, como datarían de fines del siglo IV en adelante, han sido vinculados al proceso más específico de organización de la iglesia cristiana y el traslado de la prefectura de las Galias a Arlés. Sin embargo, parece claro que en otros casos se trata de núcleos fortificados ocupados por campesinos (Schneider, 2001).

En cuanto a las grutas, Claude Raynaud (2001) ha desestimado la teoría de que hayan servido principalmente de refugios;³⁹ propuso, en cambio, que estos sitios fueron utilizados como santuarios, talleres artesanales, abrigo para poblaciones pastoriles y hábitat de eremitas. Su balance, provisorio a fuerza de la precariedad de la información disponible hasta el momento, se inclina por la diversidad no excluyente de móviles en la ocupación de estos espacios. Sería interesante en todo caso reformular el concepto de “refugio” en términos más amplios, no circunscriptos a la huida de la amenaza de los bárbaros. Se podría pensar así en la búsqueda de nuevos espacios autónomos por parte de grupos campesinos como una variable compatible con las distintas formas de ocupación de grutas enumeradas por el autor. Lo mismo podría pensarse con respecto a los sitios de altura, incluso aquellos en los que se percibe la presencia de sectores aristocráticos o de instituciones eclesiásticas. Estos podrían haber establecido con la comunidad campesina circundante vínculos clientelísticos relativamente equitativos.

7. La economía de la Galia meridional

Existe cierto acuerdo entre los académicos actuales respecto a los rasgos fundamentales de la realidad económica de la Europa occidental temprano medieval. En un estudio de gran alcance dedicado a la economía del mundo mediterráneo entre los siglos IV y IX, Michael

³⁹ También la han descartado Ode y Odier (2001: 227) para el caso del valle del Ródano.

McCormick (2001: 33) ha propuesto que durante el periodo comprendido entre los años 200 y 700 se produjo una retracción de los asentamientos acompañada de una declinación demográfica y un empobrecimiento generalizado. El proceso se habría iniciado en el noroeste de Europa y extendido hacia el este y el sur con el paso de los siglos. Chris Wickham (2005: 820-823) coincide a grandes rasgos con esta lectura, pero acotando el análisis a los años 400-800 y señalando la existencia de tres grandes áreas evolutivas diferenciadas claramente durante dicho periodo: el norte, el Mediterráneo occidental y el Mediterráneo oriental.

En la segunda de estas regiones, el autor propone una tendencia general a la simplificación de las estructuras económicas, aunque no excluye las divergencias micro-regionales. En su opinión, entre los siglos V y VIII las aristocracias se habrían vuelto más pobres (2005: 721-759). McCormick, por su parte, se apoya en estudios sobre la extracción de metales y la producción artesanal (2001: 42-61) para fechar el inicio de la declinación económica en esta región también hacia el siglo V, mientras que Jean-Pierre Devroey (2003: 312) sitúa *c.* 550 el paroxismo de la crisis general en occidente, que se manifiesta por un vigoroso y general retorno a la naturaleza. La depresión agrícola, la solución de continuidad entre el hábitat antiguo y medieval, la degradación marcada de la salubridad y el impacto de las epidemias, la frecuencia de las crisis, etc. son en su opinión atributos centrales del periodo.

En la Galia, las superficies cultivadas se contraen y los suelos marginales se transforman en bosques o baldíos. Los datos arqueológicos y medioambientales ubican en el siglo VI el punto más bajo de la depresión agrícola. La literatura hagiográfica ofrece indicios de mala salubridad de la población en general, lo que puesto en relación con lo anterior permiten inferir una importante baja demográfica (Fourquin, 1975: 320-338 y Devroey, 2003: 33-48). Devroey (2003: 213) caracteriza acertadamente a la sociedad del periodo como relativamente pobre e indiferenciada desde el punto de vista material; de allí que la riqueza del ornamento se convierta en un signo de distinción muy importante. En este punto, el autor se aleja junto a nosotros de la postura de Wickham (2005: 169-204 y 758), quien permanece seducido por las interpretaciones de las últimas décadas que ven una fuerte continuidad en el poder de la antigua aristocracia senatorial de la Galia meridional durante el periodo merovingio.⁴⁰

Por otro lado, la retracción general de la economía tuvo su impacto en los circuitos comerciales. La explicación se halla en que los intercambios dependían de la capacidad de las aristocracias y los estados de extraer excedente de los campesinos (Wickham, 2005: 694-823⁴¹ y

⁴⁰ Véase *supra*, nota 36.

⁴¹ Aunque, como bien ha señalado Carlos Astarita (2007: 263), en pasajes puntuales de *esta* obra Wickham atribuye al mercado la capacidad de incentivar por sí mismo la producción de excedentes comercializables, generando

2012) y no en una interrupción debida a factores políticos puntuales como pretendió Pirenne [1937].⁴² Los estudios arqueológicos no son todavía concluyentes para la Galia meridional. En opinión de Bonifay y Renaud (2007: 146) la circulación sigue siendo intensa hasta avanzado el siglo VI.⁴³ Sin embargo, los autores admiten que faltan más investigaciones para refinar el conocimiento y que resulta difícil cuantificar los volúmenes intercambiados. El planteo se asemeja al de Loseby (1992: 173), quien reconoce su incapacidad para establecer magnitudes en el flujo del tráfico a través de Marsella. En cualquier caso, parece claro que no solo se contrajo considerablemente el comercio de bienes de lujo, sino también el de ciertos productos básicos de mejor calidad que tradicionalmente habían llegado a la Galia a través del Mediterráneo; Marsella se convirtió prácticamente en el único puerto marítimo meridional de la región, desplazando a otros que habían continuado activos durante el periodo tardo-romano (Loseby, 1992: 181-182).

Por último, la cerámica comenzó a tener una facturación más tosca y una circulación más acotada,⁴⁴ hecho que encaja perfectamente con la caracterización que hemos hecho de las transformaciones socioeconómicas y que el propio Wickham (2005: 758) encuentra difícil de cuadrar con su idea de que la riqueza aristocrática habría sido una peculiaridad de la Galia meridional.

8. Conclusión: guerra y sociedad de base campesina

Las apreciaciones hechas hasta aquí permiten encuadrar a la Galia meridional del siglo VI dentro del concepto de “sociedad de base campesina” que Wickham (2005) propuso para otras regiones del occidente europeo durante la temprana edad media. Desde mediados del siglo V comenzó a imponerse en la región la primacía de una economía doméstica no supeditada a vínculos estables de explotación. El proceso estuvo directamente vinculado a la crisis del estado antiguo y no se consolidó sino durante la centuria siguiente (Sarachu, 2011c). Como planteó Devroey (2003: 218 y 298) el alivio dado a los campesinos al reducirse los impuestos no fue neutralizado por un avance del beneficio privado. Las exigencias en especie ejercidas por un gran propietario en el Midi no parecen haber excedido el décimo de la producción de las explotaciones

o profundizando de esta forma las relaciones de explotación en las economías domésticas. La posición adoptada por el británico en 2012 es la expuesta en el cuerpo del texto.

⁴² La reticencia de McCormick (2001: 115-119) y Devroey (2003: 154-155) a alejarse de la tesis central de Pirenne de que los intercambios a través del Mediterráneo no se vieron afectados hasta las conquistas árabes los lleva a minimizar la disminución del flujo comercial entre los siglos V y VII. Devroey también oscila entre una explicación de la contracción de los mercados en la Galia centrada en la ausencia de la capacidad de compra por parte de la aristocracia (2003: 224) y una basada en la interrupción de los canales tradicionales de tráfico (2003: 154-155).

⁴³ Hay una coincidencia aquí con Devroey, *ibid.*

⁴⁴ McCormick, 2001: 60 y Wickham, 2005: 746-747. Bonifay y Renaud (2007) tienen una postura más continuista, en línea con la tesis de Pirenne.

campesinas, es decir, mucho menos que el antiguo impuesto territorial.⁴⁵ Coincidimos con su argumento de que la historia de las cargas y de la renta de la tierra parece corroborar los signos materiales que indican una disminución del estándar de vida de las elites en relación a la Antigüedad, aunque esto no significase en nuestra opinión que una parte importante del producto quedara en manos de los productores (al menos en los siglos VI y VII). Estudios antropológicos en sociedades de jefatura permiten sostener la hipótesis de que la “liberación” del campesinado temprano medieval se tradujo muy probablemente en una reducción generalizada del tiempo de trabajo invertido en la unidad doméstica (Salhins, 1983).

Queremos destacar ahora la relevancia del factor político-militar en la génesis de estos procesos. La crisis de las estructuras estatales estuvo directamente vinculada al conflicto militar de larga duración que primero enfrentó a bárbaros y romanos y que luego fue elemento constitutivo de la dinámica política en los reinos germánicos. En este punto es preciso hacer hincapié en la necesidad de pensar la guerra con un sentido histórico. Durante el siglo V ésta tuvo ciertamente efectos económicos inmediatos, pero también tuvo como corolario indirecto sobre la población romana el incremento de las cargas fiscales. Ya hemos analizado en otro lugar las consecuencias desestabilizadoras de la presión tributaria sobre los campesinos de la Galia meridional hacia aproximadamente el 450 (Sarachu, 2011d). En el siglo VI, en cambio, la guerra adoptó un carácter ambiguo: fue uno de los principales canales a través de los cuales fluyeron los vínculos entre los reyes y las aristocracias (así como entre estas y sus séquitos armados), pero a la vez continuó teniendo efectos inmediatos sobre la población civil, ya no tanto en términos fiscales, sino por la ubicuidad del saqueo. El conflicto bélico generalizado deterioró la capacidad de las autoridades estatales para mantener el orden público y de las aristocracias para mantener o reconstituir los vínculos de dependencia con el campesinado.⁴⁶

Con este escenario en mente y a partir de la información documental que hemos analizado pueden esbozarse algunas hipótesis –no excluyentes entre sí– sobre el derrotero de los campesinos en la Galia meridional del siglo VI. Algunos de ellos quizás encontraron en su incorporación a los séquitos armados privados y a lo que quedaba de los ejércitos regulares una

⁴⁵ Sobre los niveles impositivos véase Wickham, 1989: 13-14. La imposibilidad de mantener una mano de obra dependiente estable conminó al trabajo a muchos eclesiásticos. Lupicio y Romano tuvieron que dedicarse a las labores agrícolas en los inicios del monasterio de Condat (c. 435) según Greg. Tur., *V. Pat.*, 1.2. La escasez de mano de obra queda en evidencia en el canon 8 del concilio de Epaone (517), que prohibió a los abades liberar esclavos donados a los monjes, porque estimaba injusto que estos últimos se ocuparan cotidianamente de las labores agrícolas mientras los primeros gozaban del ocio de la libertad. Al respecto, la popularidad de la regla de Juan Casiano a comienzos de la Edad Media (Dunn, 2000: 81) podría explicarse en parte por el hincapié que hacía en la prescripción laboral a los hermanos de los cenobios (Cass., *Inst.*, 2.5, 2.12-15, 3.2, 4.12, 4.14, 5.38, 7.7, 7.16-19, 9.1, 10.2, 10.8, 10.19, 10.22-24, 11.11 y 11.13).

⁴⁶ No pretendemos sostener aquí que el estado tardo imperial previo fuese una estructura sin fisuras, capaz de hacer cumplir la ley exitosamente como pretendió la historiografía tradicional (Cameron, 1998: 95).

forma de promoción social. Otros se asentaron en núcleos independientes, frente a la incapacidad de las aristocracias locales y las autoridades públicas de ofrecer protección contra ese estado de guerra permanente. Este proceso no estaría exento de la emergencia de una elite secular o religiosa diferenciada sutilmente de sus vecinos, a juzgar por las fuentes arqueológicas. Finalmente, hubo quienes aunque legalmente eran *coloni* o *servi* seguramente pudieron forjar un vínculo más laxo con su señor, cercano al clientelismo.

Bibliografía

Primaria

- Avitus Viennensis. *Epistulae*. Ed. R. Pieper (1883). *Monumenta Germaniae Historica. Auctores Antiquissimi*, t. 6.2. Berlín. Trad. D. Shanzer e I. Wood (2002). *Letters and selected prose*, Liverpool.
- Caesarius Arelatensis, *Sermones*. Ed. G. Morin (1953). 2 vols. Turnhout. Trad. M. M. Mueller (1956-1972), *St. Caesarius of Arles Sermons*, 3 vols. Washington.
- Concilia Galliae a. 511-695*. Ed. y trad. J. Gaudemet & B. Basdevant (1989). *Les canons des Conciles Mérovingiens (VI^e-VII^e siècles)*. París.
- Ennodius, *Vita Epifani*. Ed. F. Vogel (1985). *Monumenta Germaniae Historica. Auctores Antiquissimi*, t. 7. Berlín.
- Fredegarius Scholasticus, *Chronicarum libri IV*. Ed. y trad. O. Devillers & J. Meyers (2001). *Chronique des temps mérovingiens (Livre IV et Continuations)*. Tournout.
- Gregorius Turonensis, *Decem Libri Historiarum*. Ed. B. Krusch & W. Levison (1951). *Monumenta Germaniae Historica. Scriptores rerum Merovingicarum*, t. 1.1. Hannover. Trad. L. Thorpe (1974). *The history of the franks*. Londres.
- Gregorius Turonensis, *Liber in gloria confessorum*. Ed. B. Krusch & W. Levison (1885). *Monumenta Germaniae Historica. Scriptores rerum Merovingicarum*, t. 1.2. Hannover. Trad. R. Van Dam (2004). *Glory of the Confessors*. Liverpool.
- Gregorius Turonensis, *Liber vitae patrum*. Ed. B. Krusch & W. Levison (1885). *op. cit.* Hannover. Trad. E. James (1985), *Life of the fathers*. Liverpool.
- Iohannes Cassianus, *Institutiones*. Ed. y trad. J.-C. Guy (1965). *Institutions cenobitiques*. París.
- Liber Constitutionum sive Lex Gundobada et Constitutiones extravagantes*. Ed. L. R. de Salis (1892). *Monumenta Germaniae Historica. Leges nationum Germanicarum*, t. 2.1. Hannover. Trad. K. Fischer Drew (1972). *The burgundian code*. Pensilvania.

- Pactus legis salicae*. Ed. K. A. Eckhardt (1962). *Monumenta Germaniae Historica. Leges Nationum Germanicarum*, t. 4.1. Hannover. Trad. K. Fischer Drew (1991). *The Laws of the Salian Franks*. Filadelfia.
- Ruricius Lemovicensis, *Epistulae*. Ed. B. Krusch (1887). *Monumenta Germaniae Historica. Auctores Antiquissimi*, t. 8. Berlín. Trad. R. Mathisen (1999). *Ruricius of Limoges and Friends. A Collection of Letters from Visigothic Gaul*. Liverpool.
- Sidonius Apollinaris, *Epistulae et Carmina*. Ed. y trad. W. B. Anderson (1936-65). *Poems and letters*, 2 vols. Cambridge (Massachusetts).
- Vita sancti Caesarii Episcopi Arelatensis*. Ed. B. Krusch (1888). *Monumenta Germaniae Historica. Scriptores rerum Merovingicarum*, t. 3. Hannover.
- Theodosiani libri XVI cum Constitutionibus Sirmondianis et Leges novellae ad Theodosianum pertinentes*. Ed. T. Mommsen y P. M. Meyer (1905). Berlín. Trad. C. Pharr y cols. (1952). *The Theodosian Code and Novels and the Sirmondian Constitutions*. New Jersey.

Secundaria

- Astarita, C. (2007). Construcción histórica y construcción historiográfica de la temprana Edad Media. *Studia historica. Historia medieval*, 25, 247-69.
- Bachrach, B. S. (1972). *Merovingian military organization. 481-751*. Mineapolis: University of Minnesota.
- Bachrach, B. S. (2010). The fortification of Gaul and the Economy of the Third Century. *Journal of Late Antiquity*, 3(1), pp. 38-64.
- Bonifay, M. & Raynaud, C. (2007). Échanges et consommation. *Gallia*, 64, pp. 93-161.
- Cameron, A. (1998). *El Mundo Mediterráneo en la Antigüedad Tardía*. Barcelona: Crítica.
- Carru, D., Gateau, F., Leveau, P. & Renaud, N. (2001). Les *villae* en Provence aux IV^e et V^e siècles: apports et limites des inventaires archéologiques. En P. Ouzoulias, C. Pellecuer, C. Raynaud, P. Van Ossel & P. Garmy (Dirs.). *Les campagnes de la Gaule à la fin de l'Antiquité. Actes du IV^e colloque de l'association AGER* (pp. 475-501). Antibes: Editions APDCA.
- Courcelle, P. (1948). *Histoire littéraire des grandes invasions germaniques*. París: Librairie Hachette.
- Devroey, J.-P. (2003). *Économie rurale et société dans l'Europe franque (VI^e-IX^e siècles). Tome 1. Fondements matériels, échanges et lien social*. París: Editions Belin.
- Dochaerd, R. (1974). *Occidente durante la alta Edad Media. Economías y sociedades*. Barcelona: Labor.
- Durliat, J. (1997). *Episcopus, civis, et populus* dans les *Historiarum Libri* de Grégoire. En N. Gauthier & H. Galinié (Eds.). *Grégoire de Tours et l'espace gauloise* (pp. 185-193). Tours: Association Grégoire 94.

- Duby, G. (1976). *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)*. Madrid: Siglo XXI.
- Fourquin, G. (1975). Le premier Moyen Âge. En G. Duby (Dir.). *Histoire de la France rurale*, vol. 1, *La formation des campagnes française des origines au XIV^e siècle* (pp. 286-371). París: Seuil.
- Geary, P. (1988). *Before France and Germany. The Creation and Transformation of the Merovingian World*. Nueva York: Oxford University Press.
- Goffart, W. (1989). *Rome's fall and after*. Londres y Ronceverte: The Hambledon Press.
- Guyon, J. (2001). De la ville à la campagne. En P. Ouzoulias, C. Pellecuer, C. Raynaud, P. Van Ossel & P. Garmy (Dirs.). *Les campagnes de la Gaule à la fin de l'Antiquité. Actes du IV^e colloque de l'association AGER* (pp. 569-585). Antibes: Editions APDCA.
- Halsall, G. (1998). Violence and society in the early medieval west: an introductory survey. En G. Halsall (Ed.). *Violence and society in the Early Medieval West* (pp. 1-45). Woodbridge: The Boydell Press.
- Halsall, G. (2003). *Warfare and society in the barbarian west, 450-900*, Londres y Nueva York: Routledge.
- James, E. (1988). *The Franks*. Oxford: Blackwell.
- Lebecq, S. (1990). *Les origines franques*. París: Éditions du Seuil.
- Lee, A. D. (2007). *War in late antiquity. A social history*. Oxford: Blackwell Publishing.
- Liebeschuetz, J. H. W. G. (2003). *The Decline and Fall of the Roman City*. Nueva York: Oxford University Press.
- Loseby, S. T. (1992). Marseille: A Late Antique Success Story? *The Journal of Roman Studies*, 82, pp. 165-185.
- McCormick, M. (2001). *Origins of the European Economy: Communications and Commerce, A. D. 300-900*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ode, B. y Odier, T. (2001). L'habitat rural de la moyenne vallée du Rhône aux IV^e et V^e siècles. En P. P. Ouzoulias, C. Pellecuer, C. Raynaud, P. Van Ossel & P. Garmy (Dirs.). *Les campagnes de la Gaule à la fin de l'Antiquité. Actes du IV^e colloque de l'association AGER* (pp. 225-246). Antibes: Editions APDCA.
- Pellecuer, C. & Pomarède, H. (2001). Crise, survie ou adaptation de la *villa* romaine en Narbonnaise première? Contribution des récentes recherches de terrain en Languedoc-Rousillon. En P. Ouzoulias, C. Pellecuer, C. Raynaud, P. Van Ossel & P. Garmy (Dirs.). *Les campagnes de la Gaule à la fin de l'Antiquité. Actes du IV^e colloque de l'association AGER* (pp. 503-532). Antibes: Editions APDCA.
- Pirenne, H. [1937] (1977). *Mahoma y Carlomagno*. Madrid: Alianza.

- Raynaud, C. (2001). L'occupation des grottes en Gaule méditerranéenne, à la fin de l'Antiquité. En P. Ouzoulias, C. Pellecuer, C. Raynaud, P. Van Ossel & P. Garmy (Dir.). *Les campagnes de la Gaule à la fin de l'Antiquité. Actes du IV^e colloque de l'association AGER* (pp. 449-471). Antibes: Editions APDCA.
- Sahlins, M. (1983). *Economía de la Edad de Piedra*. Madrid: Akal.
- Sarachu, P. (2011a). Problemas de definición en torno al patronazgo rural en la Galia tardorromana. En M. Campagno, J. Gallego & C. G. García Mac Gaw, *El estado en el Mediterráneo antiguo. Egipto, Grecia, Roma* (pp. 409-431). Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- Sarachu, P. (2011b). Esclavos sin esclavismo: la inestabilidad de la explotación servil en el reino burgundio. *Circe de clásicos y modernos*, 15, pp. 159-173.
- Sarachu, P. (2011c). Perception fiscale, patronage rural et genèse d'une société de base paysanne. Le sud de la Gaule vers la fin de l'Empire romain, *Dialogues d'Histoire Ancienne*. En prensa.
- Sarachu, P. (2011d). El aparato fiscal en la Galia entre fines de la Antigüedad y comienzos de la Edad Media. En *Actas de las I Jornadas de Jóvenes Investigadores de la Antigüedad Grecolatina*. En prensa.
- Schneider, L. (2001). *Oppida et castra* tardo-antiques: à propos des établissements de hauteur de la Gaule méditerranéenne. En P. Ouzoulias, C. Pellecuer, C. Raynaud, P. Van Ossel & P. Garmy (Dir.). *Les campagnes de la Gaule à la fin de l'Antiquité. Actes du IV^e colloque de l'association AGER* (pp. 433-448). Antibes: Editions APDCA.
- Smith, J. M. H. (2005). *Europe after Rome. A new cultural history. 500-1000*. Oxford: Oxford University Press.
- Wickham, C. (1989). La otra transición: del mundo antiguo al feudalismo. *Studia Historica. Historia medieval*, 7, pp. 7-35.
- Wickham, C. (2005). *Framing the Early Middle Ages*. Oxford: Oxford University Press.
- Wickham, C. (2012). Fuerzas productivas y lógica económica del modo de producción feudal. *Sociedades Precapitalistas. Revista de historia social*, 1(2). Disponible en <http://sociedadesprecapitalistas.fahce.unlp.edu.ar/article/view/04/1638>.
- Wood, I. (1994). *The Merovingian Kingdoms, 450-751*. Londres y Nueva York: Longman.